

UNA REFLEXIÓN, FIN DEL JUBILEO DEL BICENTENARIO

Y ENTRANDO EN EL TERCER SIGLO

(S. Njah Bongnavti Caroline, Superiora General)



11/10/2026

Entrando en el siglo III:

Siendo enviada

Confianda,

Dejar ir

Dando gracias

Recordando



Queridas hermanas,

concluir el bicentenario , nos encontramos en el umbral sagrado de nuestro tercer siglo, llevando con nosotras el recuerdo de un pasado entrañable, la gratitud del presente y la promesa de un futuro que aún se está desplegando.

Como dije en mi discurso de apertura de nuestro Año del Bicentenario , « el Jubileo no es simplemente una celebración de doscientos años. Es un momento de gracia: un momento para mirar hacia atrás con gratitud, para mirar a nuestro alrededor con honestidad y para mirar hacia adelante con esperanza».

Nos encontramos, por así decirlo, en el umbral entre lo que ha sido y lo que está por venir. Escucho las palabras del profeta Isaías, apropiadas para nosotras hoy:

«¡Mirad, estoy haciendo algo nuevo! ¡Ya está brotando! ¿Acaso no lo percibís?»
Isaías 43:19

La pregunta no es: ¿Qué hemos hecho durante estos doscientos años?

La pregunta más profunda es: **¿Qué está haciendo Dios ahora y qué le pide a la Santa Unión al entrar en nuestro tercer siglo?**

Me gustaría invitarlas a esta reflexión a través de cinco palabras clave de acción:

1. *Lo recordamos.*
2. *Damos gracias.*
3. *Lo dejamos ir.*
4. *Confiamos.*
5. *Nos envían.*

Recordamos

No podemos entrar en el futuro sin recordar el pasado. Hace doscientos años, en Douai, en La Place de la Prairie, cuatro mujeres valientes respondieron a las necesidades de su tiempo. No podían saber en qué se convertiría aquel humilde comienzo. No podían imaginar las comunidades, escuelas, misiones, países y culturas a las que La Santa Unión llegaría con el tiempo. No podían imaginarnos aquí reunidas hoy. Simplemente respondieron a lo que Dios puso ante ellas. Y quizás esa sea una de las grandes lecciones de nuestra historia: Dios rara vez nos da el mapa completo. Dios nos da la luz suficiente para dar el siguiente paso.

Nuestra Congregación no nació de la certeza sobre el futuro, sino de la fidelidad en el presente. La visión del Padre Debrabant se basaba en la relación y la comunión. Él les recordaba a las hermanas:

“ustedes han recibido ese nombre para que logren todas juntas la unión de corazón, de pensamiento y de sentimientos en Jesús y María.” (Circular de 1842)

Esas palabras se pronunciaron hace casi dos siglos, pero aún hoy resuenan con fuerza en nosotras. Lo sentimos profundamente durante nuestra peregrinación en junio.

Union no es simplemente nuestro nombre.

Es nuestro don.

Es nuestra vocación. Es nuestra responsabilidad.

Y en un mundo cada vez más marcado por la división, el aislamiento y la polarización, la unión es también nuestra contribución profética. Preguntémonos :

¿Qué es lo que yo personalmente deseo recordar? (Pausa)

Damos gracias

Al mirar hacia atrás, nos damos cuenta de que no hemos llegado hasta aquí solas. Hoy nos apoyamos en los hombros de innumerables mujeres y hombres que dieron su vida para que el carisma de la Santa Unión pudiera perdurar.

Recordamos:

- Nuestro fundador y las mujeres pioneras.
- Hermanas que han partido al Señor,

- Aquellas que cruzaron océanos, aprendieron idiomas desconocidos, se adentraron en nuevas culturas, sirvieron en circunstancias difíciles, educaron a niños, acompañaron a familias, apoyaron a los pobres y llevaron esperanza donde esta era frágil.
- Hermanas que permanecieron fieles cuando el trabajo era difícil.
- Aquellas que se quedaron cuando hubiera sido más fácil marcharse.
- Aquellas que empezaron algo y luego siguieron adelante.
- Aquellas que oraron cuando ya no podían ejercer su ministerio como antes. (Art. 62)
- Aquellas que, discretamente, guiaron a la Congregación en tiempos de incertidumbre.
- Nuestros amigos y colaboradores que nos han apoyado, y aquellos que nos apoyan hoy.
- Todas las personas cuyas vidas han sido tocadas por La Santa Unión.

¿A quién y a qué te gustaría recordar personalmente? (Pausa)

Y por eso hoy decimos: Gracias, Señor.

- Gracias por la gracia de doscientos años.
- Gracias a las personas que nos han sido confiadas.
- Gracias por las oportunidades que se nos han brindado para servir.
- Gracias por los errores de los que hemos aprendido.
- Gracias por las sorpresas a través de las cuales te has revelado.
- Gracias por las puertas que abriste, e incluso por las puertas que cerraste.
- Gracias por esos momentos en los que sabíamos adónde íbamos.
- Gracias por los momentos en que tuvimos que caminar por fe.

¿Qué más deseas agradecerle a Dios? (Pausa)

Ante todo, te damos gracias, Dios, porque a pesar de toda nuestra fragilidad humana, has permanecido fiel.

Lo dejamos ir

Un Jubileo no es solo un momento para recordar; es también un momento para dejar ir.

No podemos entrar en un nuevo siglo intentando arrastrar todo lo del pasado.

Algunas cosas deben ser atesoradas.

Algunas deben ser transformadas. Algunas deben ser liberadas.

Quizás el Espíritu nos está preguntando:

¿A qué debe renunciar La Santa Unión para ser libre de cara al futuro?

¿Podría ser?:

¿Nuestro miedo a hacernos más pequeñas?

¿Nuestro apego a estructuras que alguna vez nos fueron útiles pero que tal vez ya no cumplan con nuestra misión?

¿Necesitamos saber cómo será el futuro antes de tener el valor de adentrarnos en él?

¿Cuál es nuestra comprensión de lo que significa ser una congregación “exitosa”?

¿O tal vez algo más?

¿Qué más crees que debemos dejar ir? (Pausa)

La pregunta no puede ser simplemente: "¿Cómo preservamos la Santa Unión durante otros doscientos años?". La preservación mira hacia el pasado.

La pregunta más profunda es: "¿En qué le pide el Espíritu que se convierta La Santa Unión por el bien del pueblo de Dios?"

La misión nos guía hacia donde Dios nos llama. Nuestro futuro no se parecerá a nuestro pasado. Sabemos cómo se desarrolló el primer siglo porque podemos mirar hacia atrás. Sabemos cómo se desarrolló el segundo siglo porque hemos vivido sus últimos capítulos. Pero el tercer siglo permanece oculto a nuestros ojos. Y, sin duda, ahí es precisamente donde comienza la fe.

Algunas comunidades /áreas pueden ser más pequeñas.

Nuestros ministerios pueden cambiar.

Nuestras formas de vivir la vida religiosa pueden evolucionar.

Los lugares donde estamos presentes pueden cambiar.

Algunas obras que hemos conocido y amado pueden llegar a su fin.

Pueden surgir nuevas formas de presencia y servicio que aún no podemos imaginar.

Y esto puede resultar doloroso, pero el Evangelio nos pide que no temamos a lo desconocido.

Jesús no dice: “Lo sabrás todo”.

Él dice: en Juan 21:22 “*Sígueme*”. Eso es suficiente.

Confiamos

Hermanas, en todo esto, estamos llamadas a confiar. Al entrar en el siglo III, nos surgen muchas preguntas:

¿Cómo será la vida religiosa?

¿Cómo se encontrarán los jóvenes con el Evangelio?

¿Dónde estarán nuestras comunidades?

¿Cómo responderemos a la migración, la pobreza, la guerra, la crisis ecológica y las heridas de nuestro mundo?

¿Cómo viviremos nuestro carisma en un mundo transformado por la tecnología y la inteligencia artificial?

¿Cómo podremos mantenernos cerca de aquellos que se sienten olvidados?

¿Cómo construiremos puentes en sociedades cada vez más marcadas por la división?

¿Cómo nos convertiremos en una presencia profética entre las personas que buscan sentido, pertenencia y esperanza?

¿Cuáles son algunas de las preguntas que te inquietan? (Pausa)

Hermanas, no tenemos todas las respuestas y no necesitamos tenerlas.

El Papa Francisco nos recuerda en *Evangelii Gaudium* que el discípulo misionero avanza con Cristo, descubriendo que el Señor ya está presente y obrando a lo largo del camino.

Así pues, entramos en el siglo III no como personas que poseen un plan completo para el futuro, sino como peregrinas que confían en Aquel que camina con nosotras.

Puede que no conozcamos el camino, pero conocemos al Compañero.

Puede que no sepamos qué aspecto tendrá La Santa Unión, pero sabemos a quién pertenece su misión.

Puede que no sepamos qué nos depara el futuro, pero sabemos quién tiene el futuro en sus manos.

Y es aquí donde la fe se convierte en valentía.

Seguiremos viviendo la Unión en un mundo dividido, donde nuestro carisma habla con renovada urgencia.

En Fratelli Tutti, el Papa Francisco nos llama a una fraternidad que trasciende fronteras y se niega a permitir que las diferencias se conviertan en motivos de exclusión. Así pues, quizás nuestra misión para el siglo III pueda expresarse con estas palabras:

Donde hay división, construyamos la unión.

Donde hay exclusión, abramos espacio.

Donde hay soledad, creemos un sentido de pertenencia.

Donde hay desesperación, llevemos la esperanza.

Donde haya injusticia, mostremos nuestro apoyo a los más vulnerables.

Donde la creación está herida, convirtámonos en personas compasivas.

Donde hay odio, convirtámonos en pacificadoras.

Allí donde las personas se sienten invisibles, dejemos que las veamos.

Cuando la gente se siente ignorada, dejémosles escuchar.

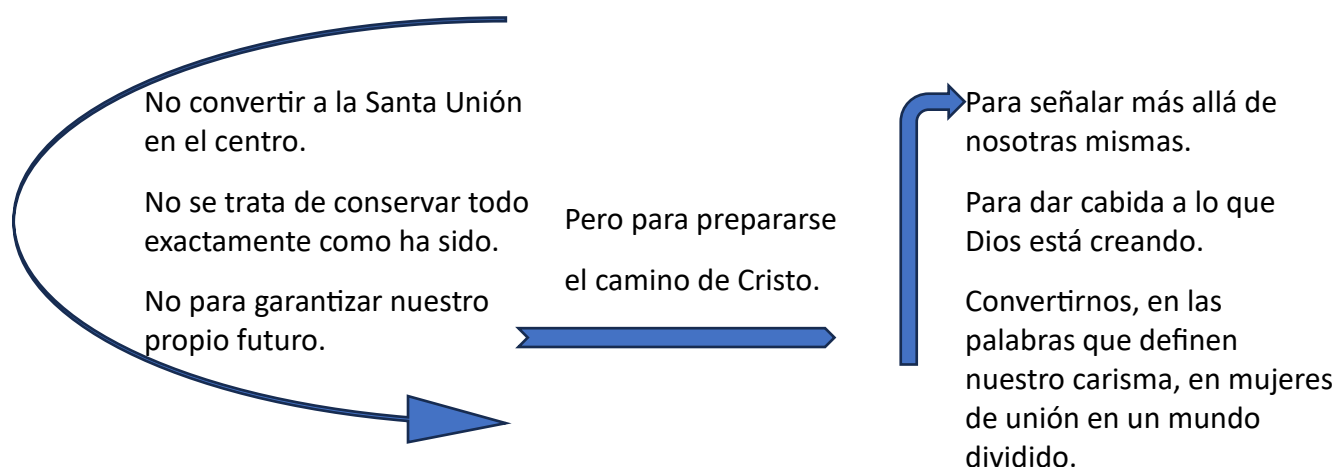
Y allí donde la gente lucha por reconocer a Dios, que nuestras vidas revelen el amor de Dios.
(*Constituciones, art. 1*)

Somos enviadas

Y ahora, la quinta y última palabra clave: Somos enviadas.

Hermanas, el Jubileo está terminando, pero la misión continúa. Doscientos años nos han traído hasta aquí. Nos encontramos rodeadas de memoria, gratitud y gracia. Pero no se nos invita simplemente a admirar el pasado. Se nos envía hacia el futuro.

Nuestro Fundador tomó como modelo a San Juan Bautista. Juan comprendió que su vocación no era la de ser el centro de atención, sino la de preparar el camino para Cristo. Esta es también nuestra vocación al entrar en el siglo III. Es la misión que recibimos en nuestro bautismo: llevar la Buena Nueva al mundo.



Podemos escuchar de nuevo la oración de Jesús:

"Para que todos sean uno." (Juan 17:21) Esta oración es tanto nuestro fundamento como nuestra misión.

Una oración por el tercer siglo

Hagamos de esta nuestra oración por el tercer siglo:

Señor, danos ojos para ver lo que estás haciendo.

Danos valor para abrazar lo nuevo.

Danos sabiduría para discernir tu Espíritu.

Danos la humildad para soltar lo que debemos dejar atrás.

Danos compasión por el mundo herido.

Danos fidelidad al don que se nos ha confiado.

Danos valor para cruzar nuevas fronteras.

Permítenos estar abiertas a nuevos colaboradores y a nuevas formas de ser Iglesia.

Danos la gracia de escucharnos unas a otras, a los jóvenes, a los pobres, a la creación y al clamor del mundo.

Y sobre todo, danos las unas a las otras.

Mantengámonos unidas en corazón, pensamiento y sentimientos.

El Dios que fue fiel en Douai será fiel en los lugares que aún no hemos visto.

El Dios que comenzó algo pequeño a través de cuatro mujeres puede hacer surgir algo nuevo a través de nosotras.

El Dios que llevó la Santa Unión a través de culturas y continentes puede llevar este carisma a un futuro que supera nuestra imaginación. Entremos en él aferrándonos al don de la Unión que se nos ha confiado.

La misión continúa.

Lo recordamos.

Damos gracias.

Lo dejaremos ir.

Confiaremos.

Y seremos enviadas.

En el siglo III, juntas, como una sola Santa Unión, revelando el amor de Dios.

¡Amén!



shutterstock.com - 2424302183